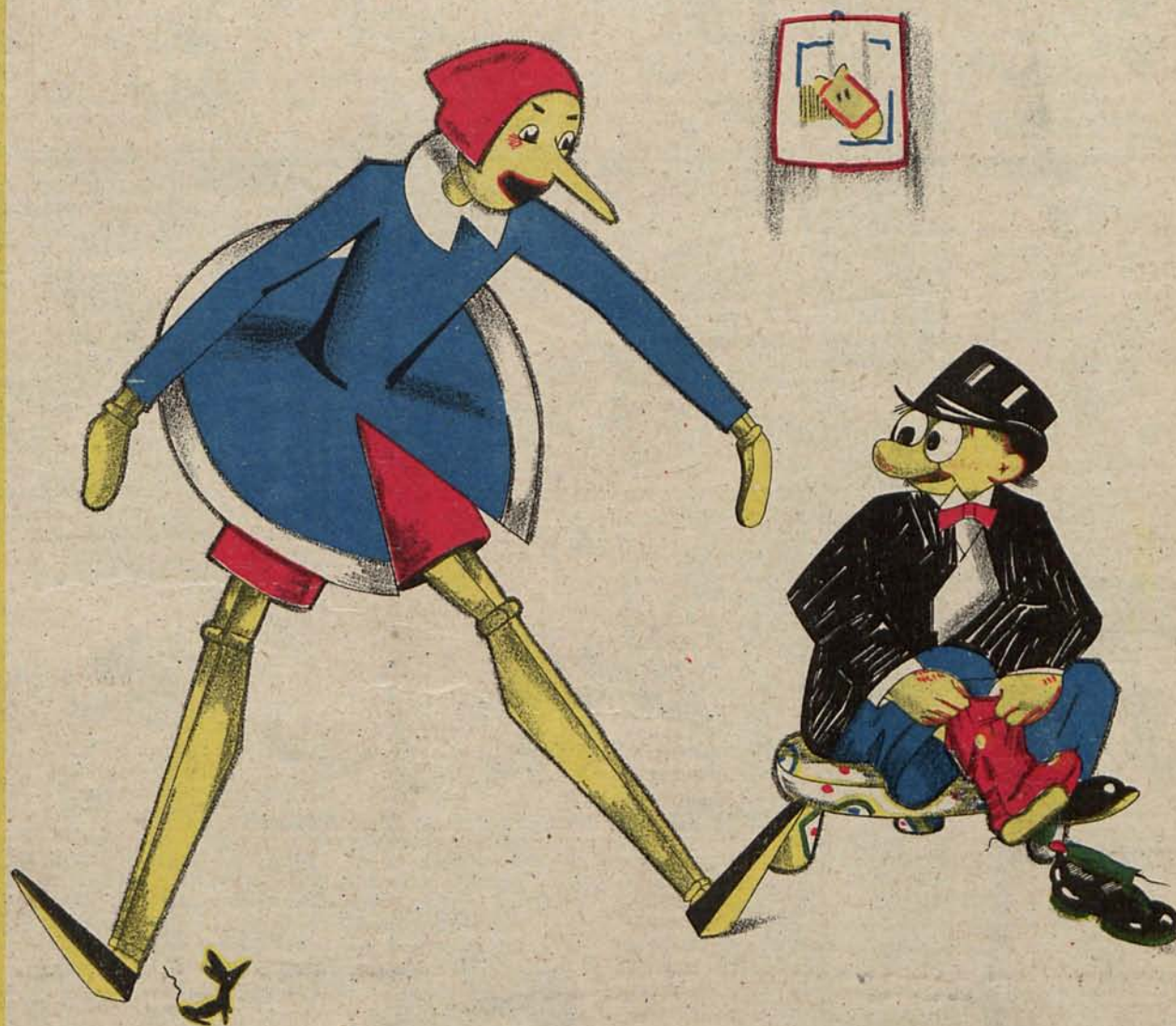


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 180

25 cts

29 JULIO
1928

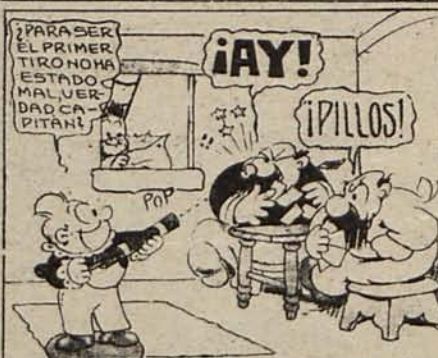


- ¿PERO HOMBRE, TE ESTÁS PONIENDO EL CALCETÍN DEL REVÉS?
- ¡ES QUE POR EL DERECHO TIENE UN AGUJERO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

VI

—¿Estás cansada?
—le preguntó a Nadia.

—No.
—Y, sin embargo, debías estarlo.
—¿Por qué?
—Porque has bailado con Godunov con un ardor extraordinario.

Nadia observó, a su vez, atentamente el rostro de su amiga, como no hacía mucho Godunov había observado el suyo; pero el de María Vedemedka permaneció impenetrable.

El Czar, acompañado de la Emperatriz, se disponía ya a volver a sus habitaciones particulares. Todas las autoridades civiles, diplomáticas y militares desfilaron ante él inclinándose respetuosamente, y, una vez terminado el ceremonial, el Czar atravesó de nuevo la puerta por donde había entrado.

A la izquierda, después de haber recorrido varios pasos, abríase un gabinete. El Czar entró seguido de su primer ministro, mientras la Czarina, acompañada de sus damas y damiselas de la Corte, subía a su departamento.

Apenas acababa de cerrarse la puerta y de caer el pesado cortinaje a espaldas del Czar, cuando el primer ministro le preguntó con voz trémula al mismo tiempo que se inclinaba respetuosamente:

—¿Quiere decirme Su Majestad qué es lo que ha sucedido?

El Czar sacó de su casaca el gran sobre orlado de negro, lacrado con un enorme sello negro, en el que se veía grabada una calavera, y rasgándolo ansiosamente, recorrió con los ojos su contenido, mientras el primer ministro, a una respetuosa distancia, escudriñaba el semblante de su señor. El Czar, palideciendo, dejó caer en una butaca, y levantando los ojos, en los que se pintaban el terror, hacia su primer ministro, le entregó sin desplegar los labios aquella carta misteriosa.

Aterrado, con los ojos extraviados por el asombro y el espanto, el primer ministro leyó lo que sigue:

«¡Nicolás!

¡Los «Hermanos del Silencio» te participan que te juzgan culpable de todos los delitos cometidos por tus verdugos en tu nombre y que te han condenado a la pena de muerte!

San Petersburgo 2 de Febrero de 190...

El primer ministro permaneció inmóvil y mudo, mientras el Czar posaba en él sus pupilas dilatadas y febriles.

—¡Es increíble! —murmuró—. ¡Cómo puede suceder esto en la Corte, ante nuestros propios ojos! ¡Pero yo sabré añadir en tono más dramático que sincero— desbaratar la infame trama y entregar los culpables al verdugo!

Una extraña sonrisa contrajo el rostro del Czar, una sonrisa llena de desaliento infinito que parecía interrogar:

—¿Los culpables? ¿Quién puede afirmar en dónde se hallan?

¡Atenuados por las telas de los pesados cortinajes llegaban suavísimos hasta el saloncito los ecos del baile y de la multitud dorada y multicolor que se divertía a costa de la desventura del pueblo... y de la del Czar!

El secreto de Volkoff.

Antes de abandonar la cripta de Nuestra Señora de Kazan, Vera y Shasky habían sostenido un breve coloquio para ponerse bien de acuerdo sobre la manera de llevar a cabo, con rapidez y seguridad, el arduo designio que habían trazado.

Vera, como ya saben nuestros lectores, se encaminó al San Petersburgo antiguo para consolar a Sofia, la madre del desventurado Duda y para ir después al palacio de su padre.

Shasky, acompañado de su fiel amigo el terrible terrorista Volkoff, el obstinado bombista, se dirigió al lado opuesto para cuidar ciertos pormenores sobre los cuales se había puesto de acuerdo con la animosa y arrojada compañera.

Antes de separarse, Shasky y Vera habían cambiado entre sí estas pocas palabras.

—De ocho a nueve en la puertecilla de servicio del parque.

—No faltaré.

La noche era borrasca después de un día invernal en extremo riguroso. La nieve había caído durante todo el día impulsada por un viento furioso de tramontana que la había acumulado caprichosamente acá y acullá, formando en varios lugares enormes montones de nieve y dejando otros al descubierto. La ciudad, desierta a aquella hora y algo triste a causa de las amenazas de los terroristas y por las de la policía, tenía más que nunca, con aquellos montículos tan altos y tan blancos, el aspecto de un cementerio.

Shasky y Volkoff hablaban en voz baja, pero con mucha animación.

Después de haber andado aproximadamente un cuarto de hora, llegaron a una casa situada poco más o menos a la mitad de la primera línea de Vasiliévsky Ostroff. Shasky llamó por tres veces, de un modo convenido de antemano, a una puertecilla abierta en el muro, la cual se abrió instantáneamente. Los dos hombres entraron, volvieron a cerrar, bajaron por una escalerilla y oyeron de repente un confuso vocerío. En el fondo de la escalera abríase otra puerta, y al traspasarla, halláronse en una gran sala atestada de estudiantes, ante varias mesitas llenas de copas, de botellas y de naipes. El aire era denso y estaba cargado de humo.

—Pedro —dijo Shasky, al oído del dueño que se acercó a recibir órdenes—, vámonos de aquí que tengo que hablarle.

Pedro se alejó, después de haber hecho una seña con la cabeza, dándole a entender que lo había comprendido.

Shasky y Volkoff levantaron un cortinón, entrando en un cuartito contiguo.

Estaban en uno de esos numerosos establecimientos clandestinos de vodka, que surgieron en San Petersburgo, desde que, por obra de la *Sociedad para la sobriedad del pueblo*, el Gobierno promulgó la prohibición de que se vendiese vodka en los establecimientos públicos. La *Sociedad para la sobriedad del pueblo*, diseminada por todo el Imperio, ha hecho surgir en todas partes sitios de recreo, salas de té, bibliotecas para obreros, conciertos, teatros y cervecerías para proporcionar distracciones más sanas que las de la taberna. En San Petersburgo se ha fundado la *Casa del Pueblo*, en donde por diez céntimos que cuesta la entrada se puede asistir todos las noches a los espectáculos más diversos. Pero, por mucho que se haga, las mejo-

res instituciones y los mejores deseos no arraigan, no tienen auge ni fructifican en terrenos abonados con la injusticia y la opresión. Por un lado, el clima especial de San Petersburgo, y de una gran parte de Rusia, que despierta el deseo de las bebidas alcohólicas, y por otro, la desconfianza perpetua en que vive el pueblo ruso, aleja a los estudiantes, a los trabajadores, a la gente dedicada al estudio y a los pensadores de los sitios de reunión, digámoslo así, legales, impulsándolos más bien a los clandestinos. Por desdicha, la gente maleante no deja de sacar partido de las condiciones especiales de Rusia para llevar a cabo actos delictuosos, que no tienen nada que ver con la política, y el vodka es la ayuda más eficaz de los sediciosos, que arrojan una luz tan sombría sobre el actual momento revolucionario.

—¡*Ruki wierzch!*, ¡arriba las manos!—gritan los ladrones y los asesinos del uno al otro extremo de Rusia, y se aprovechan, de una manera infame, de los errores de los exaltados, para transformar un elevado movimiento social en un indigno levantamiento de los instintos más bajos. De este estado de cosas se había valido la autoridad para establecer en San Petersburgo el régimen de la *cerevisiarnia ochrana*, defensa extraordinaria, que es el segundo grado, de los cuatro que se aplican en anormales; es decir, la defensa reforzada, la defensa extraordinaria, el estado de guerra y el estado de sitio.

Sin embargo, el sitio en que los dos amigos entraron no era, a pesar de venderse vodka en él, de los más siniestros. No concurrían a él delicuentes. Era el punto preferido por los estudiantes más exaltados, especie de clínica, donde los que estudiaban todas las Facultades aportaban el óbolo de su ingenio y de su trabajo, desde los estudiantes de Filosofía y Letras, que inflamaban los ánimos con versos ardientes, hasta aquellos de Química que perfeccionaban los más terribles instrumentos explosivos, y los más audaces, que meditaban golpes de mano en los Bancos para enriquecer al Comité revolucionario.

Shasky y Volkoff estaban sorbiendo el ponche servido por el camarero cuando el dueño fué a sentarse a su mesa.

Pedro Kutorovic, uno de los fieles afiliados al partido revolucionario, había logrado con una grandísima habilidad escapar siempre a las pesquisas de la policía, que no brilla, ciertamente, en Rusia por su astucia. Según las apariencias, el bueno de Pedro Kutorovic tenía una cochera de troikas, de *egoistas*, de trineos de todas clases, célebres por la velocidad que les imprimían aquellos jóvenes y fogosos caballos rusos, corredores insuperables, conocidos con el nombre de *locos*. Pero a causa de una singular disposición de la calle, el establecimiento visible de Pedro Kutorovic tenía la entrada por una calle paralela, pero mucho más elevada que la de Vasilievsky Ostroff. De esta suerte, aquel dignísimo varón podría bajar siempre que quisiera, por medio de un pasadizo interior, a la bodega, que tenía una buena salida a la calle Vasilievsky Ostroff, y todos aquellos que entraban con el pretexto de alquilar un trineo podían muy bien, queriendo y con la anuencia del dueño, salir por la parte opuesta, después de haber bebido un vasito de vodka y tramar un ataque contra la policía.

—¿Es un asunto muy serio?—interrogó Pedro Kutorovic.

—¡Importantísimo! Has de engancharme en seguida un *egoista*, sólido y ligero, que se deslice velozmente, tirado por un caballo que vuele como el viento. En resumen: un verdadero *loco*. Tú ya conoces mi mano.

Y diciendo esto, Shasky le enseñó a su dos amigos su mano recia y poderosa, cuyas coyunturas parecían de acero.

—Comprendido—repuso Pedro.

A las ocho debo estar en el sitio convenido.

—Descansa. Dentro de quince minutos tendrás lo que deseas...

Pedro se alejó apresuradamente y los dos amigos se que-

daron solos, permaneciendo silenciosos unos minutos.

Volkoff movía rítmicamente la cabeza, mientras tenía fijos los ojos en el vaso en que humeaba el hirviente brebaje. El bombista era bajo y enjuto. A pesar de ser dueño de un magnífico establecimiento industrial y de vivir en una situación económica que le permitía llevar una existencia sosegada y tranquila, prefería la vida agitada y siempre en peligro del rebelde. Tenía en el rostro la palidez de los hombres resueltos y animosos; en los ojos, negros, la fulgurante llama de los audaces, y en toda su persona resplandecía la fiereza y la lealtad.

—¿Por qué mueves la cabeza en señal de desconfianza?—le preguntó Shasky.

—Porque—repuso Volkoff golpeando la mesita con el puño—, porque no creo en absoluto en el secreto de Guthowsky. ¡He ahí por qué!

—Y sin embargo, él mismo lo ha revelado.

—¡Ya lo creo! Mientras deliraba. Fíate del delirio de un sabio.

—Un sabio que vale mucho.

—En primer lugar, todos le han tenido siempre por un exaltado.

—Te equivocas, Volkoff.

—¡Quita allá! Quisiera estar tan seguro de libertar mañana a mi patria de la esclavitud, como lo estoy de que el gran secreto de Guthowsky resultará, al llevarlo a la práctica, un inútil juguete de laboratorio... Todos esos sabios son lo mismo... Los conozco...

Luego, clavando los llameantes ojos en el rostro de Shasky, añadió con voz sorda:

—Créeme a mí, Shasky. No hay nada como las bombas... Ellas no te venden cuando tú sabes granjearte su cariño y su confianza... Porque la bomba, créeme a mí, es un ser bueno e inteligente, pero requiere una abnegación a toda prueba. Y cuando ella está segura de hallarse en manos amigas y fieles, realiza prodigios de una energía inspirada y leal.

Shasky sonrióse al ver el sincero entusiasmo de su amigo.

Este hablaba con la misma animación y con la misma emoción como si allí, delante de él, en lugar del *punch*, hubiese un bomba verdadera y parecía contemplarla y acariciarla con sus manos mutiladas, pues en uno de sus peligrosos experimentos, el temerario químico había perdido el dedo pulgar de la mano derecha y el índice de la mano izquierda.

—Así—solía decir Volkoff en sus momentos de buen humor, esto es, cuando había logrado aumentar en una atmósfera, cuando menos, la violencia de algún explosivo—, no se podrá decir que los extremos se tocan.

—Reflexiona bien en lo que dices, Volkoff—replicaba Shasky—. La bomba es un instrumento ciego y terrorífico que mueve un gran estrépito, y que las noventa y nueve veces por ciento hiere al que la arroja, causando más estragos entre los inocentes que entre los culpables.

Volkoff se sonrió.

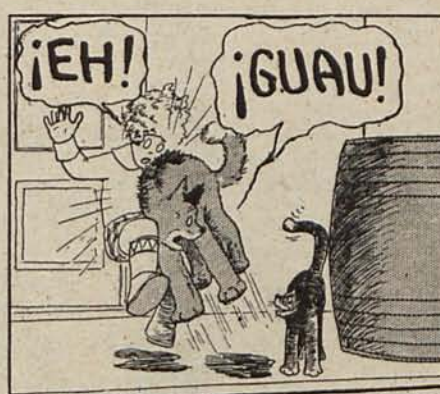
—Ese, ese es el prejuicio de los ignorantes. ¡Se censura a un instrumento beneficioso porque no se le sabe manejar! Tanto valdría culpar a la electricidad de electrocutar a gente porque es peligroso tocar los dos polos de una dinamo sin protegerse con un aislador.

—Pero aún no se ha encontrado este aislador para la bomba... Y de Orsini acá, las bombas no han hecho más que víctimas inocentes. Piensa, en cambio, en el terrible y omnipotente secreto del profesor Guthowsky. Poseer el medio de suprimir a un malvado a una gran distancia, mientras él, sentado en su despacho, medita nuevas violencias y atrocidades; suprimirlo de una manera segura y fatal, sin que nadie pueda descubrir el arma, ni el matador...

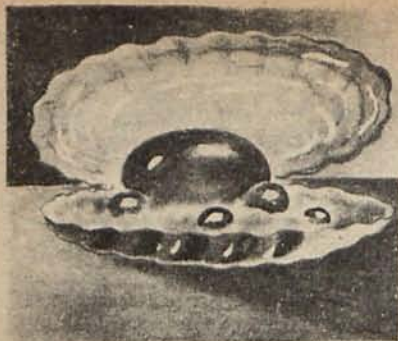
—Eso es un sueño, el sueño de un loco—murmuró Volkoff.

(Continuará en el número próximo.)

ANITA BUEN- CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1927, by The Chicago Tribune.



LA PERLA NEGRA

CUENTO POR

E. SALGARÍ

(Continuación.)

De una cuchillada cortó la cuerda que sujetaba la piedra, y nadando vigorosamente, se aventuró decidi-

do a través de la hendidura. No se había engañado: el escollo contenía en su interior una caverna bastante amplia, de forma irregular y algo tenebrosa por lo angosto de la abertura. Pero las aguas, al refringir los rayos solares, dejaban filtrar una tenue claridad.

El viejo indio permaneció absorto. El fondo todo de la caverna hallábase revestido de esplendidas conchas, enormes, de bordes rojos como el coral y refulgentes de nácar por dentro.

En el centro veíase una enorme tridacna, de un metro de circunferencia y del mismo género que las conchas perlíferas.

Acercarse como el rayo a aquella ostra gigantesca, introducirle el cuchillo entre las dos valvas para que no pudiera cerrarlas, y meter la mano por la rendija, fué obra de un instante.

Sus dedos tocaron un cuerpo duro y redondo tan grande como el puño.

Era la perla, encerrada en el cuerpo del molusco; pero una perla de tamaño nunca visto y de un valor incalculable. Aquella ostra, crecida en la semioscuridad de la caverna, entre las aguas tranquilas, escondía una fortuna.

El viejo intentó desprenderla de la roca a que hallábase adherida; pero sin duda la conmoción le había debilitado, pues no pudo moverla siquiera.

Sin la ayuda de sus hijos no podría arrancarla.

—Subiré ya—se dijo.

Era tiempo, pues sentía que su resistencia se agotaba. Los pulmones pedían aire y sentía en ellos agudos dolores.

Reuniendo todas sus fuerzas, nadó con rapidez hacia la entrada para subir de nuevo a la superficie.

De repente volvióse sobre sí mismo, agarrándose a la punta de la roca.

Una sombra enorme acababa de detenerse junto a la abertura, obstruyendo por completo la salida; Nigala conoció al punto de qué se trataba.

Aquella sombra era un tiburón, un ejemplar de siete u ocho metros de largo, de la especie de los martillos, que son los más feroces de todos.

Estos monstruos, en vez de tener redondeado el hocico como los otros, y la cabeza algo achatada, tienen la forma de un verdadero martillo, con los ojos en ambos extremos, infundiendo pavor con sus amarillentos reflejos.

Por debajo de esa especie de martillo tienen una boca semicircular tan amplia que puede dar cabida a una criatura, y guarnecida de varias filas de dientes triangulares, puntiagudos. Acaso el monstruo había ele-





gido como refugio aquella caverna y se quedaba detenido junto a la entrada, tapándola por completo con su enorme masa. ¿Habría notado la presencia del pobre pescador, o bien al advertir la sombra proyectada por la barca en el fondo permanecía al acecho? De cualquier modo constituía un gravísimo peligro para el viejo, obligado a permanecer oculto tras de la roca, con los pulmones exhaustos.

El tiburón no parecía dispuesto a dejar franca la salida. Con la cabeza vuelta hacia afuera y la cola dentro de la caverna, agitaba lentamente sus aletas dorsales, haciendo borbotear el agua y produciendo de vez en cuando ligeras olas.

Nigala, acurrucado detrás de la roca, lo miraba con terror indescriptible.

Era la muerte. Ya sus pulmones no podían más, y sin querer dejaba que el agua entrase a través de los crispados labios.

En los oídos sentía un zumbido sordo, que aumentaba por momentos, y sus narices sangraban.

Pocos segundos más, y todo habría acabado. El desgraciado se sentía morir, mientras, a dos pasos de él, la ostra colosal abría lentamente sus valvas, como para mostrarle la preciosa perla que guardaba entre ellas.

En tanto el mísero viejo, sin fuerzas para intentar

nada con el fin de reintegrarse a la superficie para volver a ver el sol y renovar el aire en sus pulmones exhaustos, agonizaba en el fondo de la tenebrosa caverna, sus hijos, presa ya de siniestras inquietudes, escudriñaban ansiosamente el fondo del mar. Habían visto a su padre soltar la piedra y desaparecer por el costado de la roca, y esperaban en vano verle salir otra vez. Trascurrido un minuto, el viejo no aparecía aún. En la mente del primogénito relampagueó de pronto la idea de que hubiera sido víctima de un accidente.

—Hermanos míos dijo—nuestro padre corre peligro; de otro modo ya estaría de nuevo entre nosotros.

Acaso haya encontrado una caverna submarina y no le queden fuerzas para volver.

—Sí, vamos a buscarle—dijeron los otros.

—Bajaré primero yo; soy el mayor y me corresponde.

Colgóse rápido la piedra, y con el cuchillo al cinto se preparó a hundirse en el abismo.

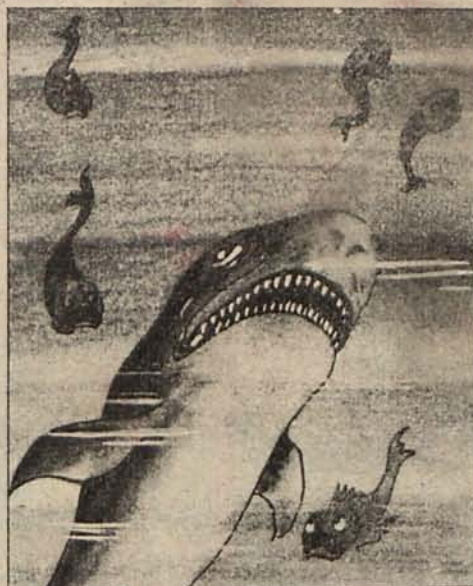
—Si no me veis volver, bajad a buscarme.

Y se precipitó en el mar.

El primogénito de Nigala era un robusto joven de veinticinco años, valiente hasta la temeridad y habilísimo buzo.

Muchas veces había pescado ostras perlíferas en compañía de su padre, y sabía resistir por mucho tiempo bajo el agua.

Habiendo observado por dónde había desaparecido su padre, descendió por delante del escollo, pues ya se figuraba que la entrada de la caverna, si en realidad existía, estaría por aquel lado.



(Concluirá en el número próximo).



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



QUE USTED SIGA BIEN, SEÑOR CURRINCHE; UN SERVIDOR SE VA A LA SIERRA PORQUE EL DOCTOR ME HA MANDADO TOMAR LOS AIRES SERRANOS UNA HORA ANTES DE CADA COMIDA.

¡MUY BONITO! ¡Y YO QUE ME PUDRA EN CASITA!



PUES COMO ME DEJE SOLITO, NO VA A ENCONTRAR DE MI CUANDO VUELVA USTED A ESTA CASA MAS QUE MIS MISEROS RESTOS MORTALES QUE LE DEJARÉ EN UN BOTE DE TOMATES, PORQUE UN SERVIDOR SE EMBARCA CON RUMBO A LA MANIGUA.



NADA DE TOMATES NI DE MANIGUAS, CURRINCHE. TODO TIENE ARREGLO EN EL MUNDO. YO ME VOY A LA SIERRA, Y COMO A TITE GUSTAN TANTO LAS TORTILLAS TE TRAERÉ UN CIENTO DE HUEVOS PARA TI SOLO. ¿HACE?

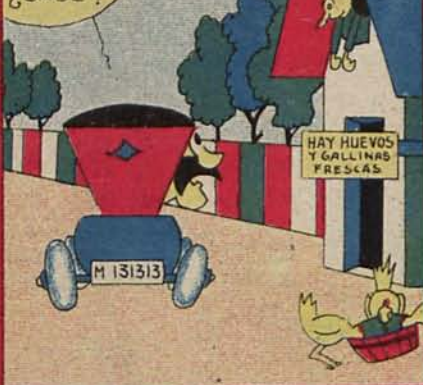
CON ESA CONDICIÓN, BUENO.



¡QUÉ BUENÍSIMO ES ESTE CURRINCHE! EL PROTESTA, CHILLA, PATALEA, ROMPE VAJILLAS HUNDE LA CASA, PERO CON UN CIENTO DE HUEVOS SE LE TAPA LA BOCA Y SE QUEDA TAN CONFORME ¡ES BUENÍSIMO!



OIGA BUENA SEÑORA, AQUÍ ESTOY YO QUE VENGO A COMPRARLE CIENTO HUEVOS DE LAS MEJORES MARCAS. SON PARA CURRINCHE, ¿SABE?



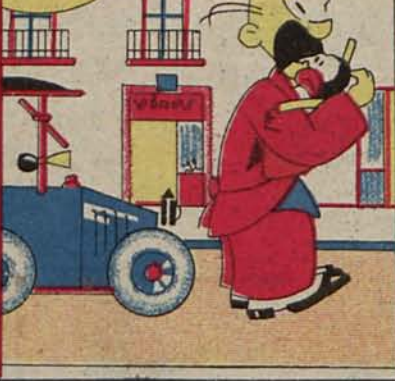
¡AJAJÁ! LOS ESCONDERÉ EN EL MOTOR Y ASÍ NO LOS VERÁN LOS CONSUMEROS. CON ESAS PERRAS QUE ME AHORRO YA TENGO PARA COMPRARME PIRULIS.



QUÉ CONTENTÍSIMO SE VA A PONER CURRINCHE CUANDO VEA LA CESTA DE HUEVOS. LA EXPLOSIÓN DE ALEGRÍA QUE VA A TENER SE VA A SENTIR EN CHINA.



¡CURRINCHÍN DE MI VIDA! ¡QUÉ GANAS TENÍA DE VOLVERTE A VER!... ANDA, LEVANTA EL CAPÓ Y VERÁS QUE CESTA DE HUEVOS TE TRAIGO.



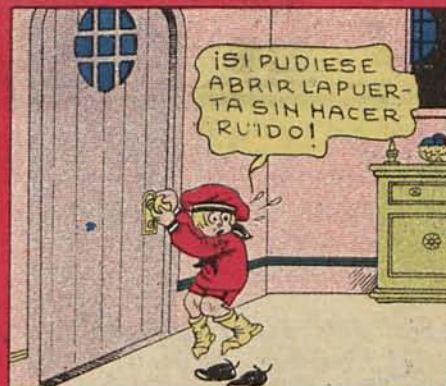


¡ME PARECE QUE NO ES PRUDENTE QUE YO ENTRE TODAVÍA EN CASA!

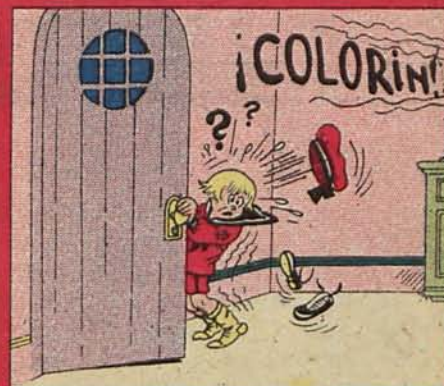
COLORÍN Y SU PANDILLA



¡A VER SI LOGRÓ SALIR DE CASA SIN QUE SE ENTEREN PORQUE TENGO QUE IR A JUGAR CON MIS AMIGOS!



¡SI PUDIESE ABRIR LA PUERTA SIN HACER RUIDO!



¡COLORÍN!



¡MUY BONITO, ESCAPARSE ASÍ, DES-CALZO, POR IR A JUGAR!



¡Y AHORA MISMO TE VOY A QUITAR EL TRAJE PARA QUE NO PUEDAS IRTE!



¡Y DE PASO TE VOY A LLEVAR AL BAÑO PARA QUE TE BAMES PUES ESTÁS MUY SUCIO!

¡AYY!



¡YO NO QUIERO BAÑARME!



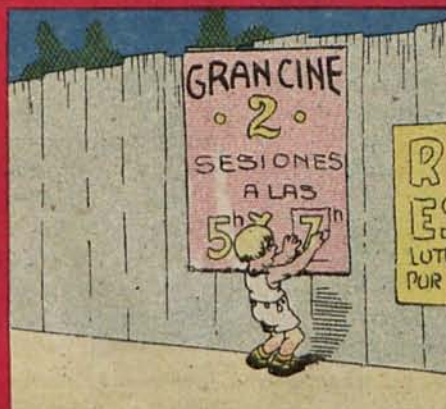
¡QUE MALA PATA NO PODER SALIR Y MIS AMIGOS ESPERANDO!



¡PUES YO TENGO QUE VER LA FORMA DE SALIR DE AQUÍ!



¡YO SE BAJAR POR UN CAÑALÓN LO MISMO QUE POR UNA ESCALERA!



GRANCINE
• 2 •
SESIONES
A LAS
5h y 7h



¡INDALECIO! ¿HAY HOY CARRERAS PEDESTRES?

¡ARREA! ¡ES COLORÍN!

BRANNER

CUENTOS DE CALLEJA

EL OSO ENAMORADO

Castillo



N una humilde choza vivía una pobre viuda. Tenía delante de la choza un jardinillo, donde crecían dos rosales: uno daba rosas blancas y otro rosáceas.

La viuda tenía dos bellas hijas, dos niñas que se parecían a los hermosos rosales: una tenía las mejillas blancas y las trenzas rubias; la otra tenía la cara de color de rosa y dorada la cabellera.

Llamábase la primera Rosaura, la segunda Rosalía.

Hallábanse una noche sentadas junto al fuego, tan recogidas como de costumbre, cuando oyeron unos golpecitos en la puerta.

—Abre, Rosalía —dijo la madre—; debe ser algún viajero extraviado que busca abrigo.

Rosalía dejó la rueca, se levantó en seguida y descorrió el cerrojo; pero, en lugar de un hombre, se encontró con un oso, que metió su negra cabeza por la abertura de la puerta.

Naturalmente, Rosalía se asustó, y dando un grito retrocedió hasta el fondo de la pieza. Rosaura se levantó, yendo a refugiarse debajo de la cama de su madre.

Pero el oso, ¡quién lo creyera!, se puso a hablar y dijo:

—No tengáis miedo, que no os haré ningún mal. Estoy medio helado, y sólo os pido que me dejéis calentarme un poco en ese fuego.

—¡Pobre animalito! —dijo la madre.

Y añadió en seguida:

—Acércate, oso; ponte al lado de la chimenea; pero con cuidado, no sea que se te quemen los pelos.

Después dijo a sus hijas:

—Vamos, Rosaura; vaya, Rosalía; venid acá, salid de vuestro escondite, que el señor oso no es malo y no os hará daño.

Las niñas llegaron una después de otra; poco a poco fueron perdiendo el miedo.

El oso dijo:

—Hermosas niñas, ¿quereis sacudirme la nieve que tengo sobre la piel?

—Sí, señor oso —contestaron las dos niñas.

Y, tomando la escoba, le dieron un buen barrido.

No tardaron las niñas en familiarizarse con el peludo huésped y se pusieron a acariciarle.

Cuando llegó la hora de acostarse dijo la madre al oso:

—Quédate ahí, a tus anchas, junto al fuego, al abrigo de la nieve y del huracán.

Cuando amaneció se levantaron las niñas, abrieron la puerta de la casa, y el oso, que ya estaba despierto, se marchó a la selva a sus correrías.

Pero, desde entonces, venía todas las noches, a la misma hora, dejaba que las niñas se divirtieran con él, y después se dormía con tranquilidad.

Al principio de la primavera, cuando brotaban las hojas, reverdecían las ramas y empezaban a germinar las frutas, dijo el oso a Rosaura antes de irse:

—Es necesario que yo viva en las selvas para guardar mis tesoros y defenderlos de pícaros enanos. En el rigor del invierno, cuando la tierra está endurecida y helada, se encierran en sus antros y no van a la selva; pero, en cuanto el sol principia a calentar el suelo, vuelven a hacer de las suyas. Lo que cae entre sus manos lo ocultan en sus cavernas y ya no vuelve a salir a la luz del sol.

Quedó Rosaura muy triste cuando se fué el oso. Al abrir la puerta para despedirlo, se enganchó la piel del animal en un saliente de la cerradura y se la desgarró. Parecióle a Rosaura que debajo de la piel del oso brillaba, como el oro, una cosa parecida a la seda reluciente; pero no la pudo examinar lo bastante para salir de dudas.

Algún tiempo después, la madre mandó a sus hijas al monte para que hicieran provisión de leña.

Vieron un árbol caído y a él se encaminaron. Cerca del tronco distinguieron un enano que tenía la cara arrugada, la barba blanca y muy larga, tan larga que la punta daba vueltas al árbol. Estaba, pues, el enano amarrado y no podía soltarse.

Fijó el enano sus colorados ojos en las niñas, y éstas hicieron lo posible para desprender la barba del enano; pero estaba muy sujeta y no podían conseguirlo.

—No os impacientéis —dijo Rosaura—, se me ha ocurrido una idea.

Sacó del bolsillo unas tijeras y cortó la punta de la barba. En cuanto el viejo enano se sintió libre, echó mano a un saco lleno de oro que estaba oculto en las





raíces del árbol, y, sin dignarse dar las gracias siquiera a las dos niñas, se alejó. Rosalía y Rosaura salieron un día a buscar peces. Cuando llegaban cerca del arroyo, creyeron ver un sapo que se agitaba entre los juncos de la orilla. Miraron atentamente y reconocieron al mismo enano de antes.

El hombrecillo se había puesto a pescar, y un pez enorme había mordido el anzuelo; el enano carecía de fuerza para levantar la caña, aumentada por el peso del pescado en cuestión, y había rodado al suelo a una sacudida del pez; poco faltaba para que el enano fuese arrastrado hasta el arroyo. Las jóvenes tuvieron lástima del enano viejecito y le prestaron socorro; pero su barba se había enredado con la cuerda. No había más remedio que recurrir otra vez a las tijeras de Rosaura para cortar nuevamente las barbas del enano pescador, el cual cogió un saco de perlas que estaba entre los juncos y las espadañas de la orilla, desapareciendo en seguida detrás de una roca, sin dar siquiera las gracias a su bienhechora.

Otro día vieron un pájaro grande que empezaba a descender, describiendo círculos cada vez más pequeños. Bruscamente se precipitó al suelo hacia uno de los fragmentos de una roca que estaba allí próxima.

Oyóse en aquel momento un grito penetrante que revelaba angustia. Las muchachas acudieron, y ¡cuál no sería su asombro viendo que el pájaro tenía, en sus garras a su antiguo conocido el enano de las barbas!

Rosalía y Rosaura, compasivas siempre, tiraron del viejecillo con toda la fuerza de que ellas eran capaces, y el pájaro soltó su presa, elevándose otra vez. Entonces el enano asió un saco lleno de diamantes, rubíes y esmeraldas que entre las matas yacía, y desapareció entre los estériles peñascos, entrando, tal vez, en su recóndita caverna.



Las jóvenes, acostumbradas a su ingratitude, no hicieron más que reír.

En cierta ocasión regresaban a su casa, y sorprendieron al enano, que, creyéndose solo, había colocado sobre una peña muy lisa toda la pedrería de que era dueño.

El sol hería con sus rayos aquellas piedras magníficas, las cuales reflejaban los más variados y más vistosos colores.



De pronto se oyó un sordo gruñido y se vió llegar a un oso negro. El enano, muerto de miedo, quiso apelar a la fuga; pero el oso trotaba con una agilidad que parecía impropia de su corpulencia y pudo cerrarle el paso. De una patada reventó al enano, que era un mal bicho.

Después corrió en seguimiento de las jóvenes, gritándoles:

—¡Eh, Rosaura! ¡Eh, Rosalía! ¡Esperadme un poquito!

Las muchachas reconocieron la voz y se pararon.

En el mismo momento en que los tres se reunieron, se le desprendió al oso la piel que le cubría y apareció un Príncipe resplandeciente de oro.



—Yo soy el hijo de un poderoso Rey —dijo a las hermanas, que estaban sorprendidas de la inesperada metamorfosis—. Un maleficio de ese enano asqueroso, a quien acabo ahora mismo de aplastar, me condenó a vivir errante por montes y desiertos, después de haber perdido mis tesoros y de haberme convertido en oso. La merecida muerte

de ese tuno rompe el maleficio.

Inmediatamente el Príncipe mandó recado a Palacio para que fuesen a recoger los inmensos tesoros que el enano había amontonado en su caverna.

Estos tesoros consistían en piedras preciosas, vajillas de oro y plata e infinidad de joyas de incalculable valor.

Varios carros y mulos fueron necesarios para trasladar tan inmensa fortuna.

Rosaura, Rosalía y el Príncipe fueron juntos a la choza de las jóvenes y refirieron a la madre de éstas la estupenda noticia, que la madre oyó con tanta boca abierta, como era natural.

El príncipe se casó con Rosaura; poco después se casó Rosalía con un hermano del Príncipe.

Las dos parejas se distribuyeron los tesoros que el perverso enano había amontonado en su guarida, y vivieron muy felices en compañía de la anciana madre de Rosalía y de Rosaura.

FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¡Qué bien te has arrellanado en el butacón, Chononcito! Ya se ve que vienes dispuesto a oír con toda comodidad nuestra charla de hoy. ¿Has pensado de qué va a tratar?

—Aún no he pensado nada, amigo buho. He venido hoy en un plan tan fantásticamente cómodo que me gustaría que tu charla de hoy se pudiese proyectar como una película, para no tener más que ver y callar. Este bochorno de calor me llena de pereza. Sólo tengo deseos de estar sentado y de que desfilen por delante de mi vista cosas y cosas: paisajes, pueblos, costumbres, tipos. Una procesión interminable de amenidades. Pero necesito que vengan ellas a mí, porque la pereza de mis miembros no me deja a mí ir a ellas.

—Como sigas hablando así, en ese plan de comodón, te voy a chapuzar con un jarro de agua fresca a ver si te espabila. A tu edad no está permitido ese plan. ¿Qué guardas entonces para la vejez?

—Guardaré esta magnífica butaca. Hoy te pido, en gracia al calor, un poco de indulgencia. Anda, mi bueno y querido buho, háblame de viajes. Con tu deliciosa charla llévame adonde tú quiera. Cuanto más lejos, mejor. Si me hablas de Italia, harías mi delicias.

—¿Te parece que nos traslademos a Nápoles?

—Encantador.

—Pero no para ver Nápoles, sino para visitar las famosas ruinas de Pompeya, la gran ciudad romana que en una sola noche quedó sepultada bajo un ingente mar de lava que se desbordó por el cráter del Vesubio.

—Más encantado todavía. Nápoles es una ciudad moderna en la que el tráfico de su vida ofrecerá la misma actividad, el mismo abigarrado conjunto que todas las demás ciudades. En cambio Pompeya, si fué como dices ciudad de romanos, encerrará tesoros históricos de gran valor. Vámonos a Pompeya ahora mismo. ¡Con la imaginación, claro está!

—Ningún espectáculo puede presentarse en el mundo que ofrezca al viajero un espíritu viviente tan maravilloso como éste de las ruinas pompeyanas. Esta gran ciudad de romanos fué sorprendida una noche por la impetuosa avalancha de una erupción volcánica y en unas trágicas horas quedó enterrada en una inmensa tumba de fuego. El cruel Vesubio hizo de verdugo de la gran ciudad y cumplió la fatal sentencia sin dar tiempo a que se escapase ni un solo quejido del pecho de su víctima. Calles, plazas, mercados, tiendas, baños, templos y jardines, todo pasó al fondo de un alborotado mar de barro humeante.

—Ya hará muchos años.

La catástrofe que hizo desaparecer toda la ciudad ocurrió en el año 79 de la Era cristiana. Ya en el 63, o sea dieciséis años antes, hubo una erupción volcánica que fué causa de un terremoto que destruyó gran parte de la población. Los pompeyanos reedificaron casi todo lo destruido; pero vino la segunda erupción y acabó con la ciudad entera. Como tú sabes restar perfectamente no hará falta que yo te diga cuántos años han transcurrido desde entonces.

—Si no me equivoco, mil ochocientos cuarenta y nueve.

—Exacto. En el pasado siglo un labrador que estaba cavando la tierra de su huerto encontró un resto humano.

Otro campesino halló otro día un trozo de vestido y un pedazo de una escultura de mármol. Estos hallazgos, cada vez más frecuentes e interesantes, revelaron la existencia de la ciudad enterrada, y poco a poco, durante el transcurso de unos años, volvieron a la luz del día las ruinas de la ciudad, ofreciendo al mundo el inapreciable tesoro de su belleza artística. Entre las innumerables sorpresas que se recibieron durante el período de excavaciones cuéntanse algunas verdaderamente curiosas. En una bodega aparecieron dieciséis personas a quienes sorprendió la muerte cuando celebraban una alegre orgía. En el patio de una casa se hallaron los restos de un hombre con las llaves de la finca en sus manos. Junto a él un esclavo con joyas y dinero. En las cocinas aparecieron cacharros puestos al fuego, en el que aún pueden verse restos del carbón que alimentaba el fuego. Entre las ruinas de las cárceles se encontraron restos apri-

sionados en los cepos que en aquella época se usaban para los presos.

—Ya me doy cuenta, querido buho, de que tal como fué sorprendente la vida de la ciudad, así quedó sepultada. Debió de ser tan rápida la inundación de lava, que casi no dió tiempo a nadie para salvarse. Dejemos, pues, el desagradable tema de las víctimas y háblame de las cosas. Después de los años transcurridos, cualquier objeto pompeyano es interesante. ¡Y cuántos habrán aparecido!

—Millares de cosas encontradas entre las ruinas de las calles de Pompeya han pasado a enriquecer la artística colección del Museo de Nápoles. Hermosos jarrones de todas formas y tamaños; tana-gras de bronce con que adornaban las chimeneas; bellísimos mosaicos, cuyas pinturas se mantienen con la misma brillantez como si estuvieran recién hechas; curiosas cerraduras, llaves, utensilios de comedor, balanzas, botellas, vasijas de todas clases, sillas, camas, joyas, instrumentos de cirugía, y, en fin, todo el arsenal de cosas que utilizan los habitantes de una ciudad para sus necesidades y sus caprichos. Un caso, el más curioso de todos los casos, es el que voy a referirte; pero antes he de advertirte que parece increíble, si no fuese atestiguado por documentos de indudable seriedad que aparecen en la vitrina del Museo.

—Para mí no hay nada increíble, viniendo de tu pico. Yo sé que todo cuanto me cuentas es siempre una rigurosísima verdad.

—Entre las ruinas de aquella catástrofe fué hallado ¡un huevo entero!

—Pero... ¿es posible?

Tal como lo estás oyendo. En la misma vasija en que apareció está expuesto al público. Parece imposible que de aquella gigantesca destrucción se salvase la frágil cáscara de un huevo. Pero así fué.

—¿Vivía mucha gente en Pompeya en aquel entonces?

—Más de dos mil almas, y casi todas quedaron bajo el peso de toneladas y más toneladas de cenizas. Los palacios de Pompeya eran soberbios alardes de riqueza y buen gusto. Los nobles acaudalados de Roma iban a ellos a pasar el verano. Entre todos, destaca por su magnificencia el que perteneció al ilustre patricio Cornelio Rufo. Hermosos mosaicos adornan los suelos y los muros y es frecuente hallar a la puerta de los jardines y de las casas unos mosaicos con el dibujo de un perro y una inscripción que dice: «Cave canem» (cuidado con el perro).

—Lo que demuestra que los perros de entonces mordían como los de ahora.

—Y que había que guardar las fincas contra el peligro de los ladrones, ¿no te parece? Hoy día puede andarse por las calles de Pompeya lo mismo que andaban los romanos. Vense las aceras, el enlosado, las casas, las tiendas, los teatros, los templos y los palacios. Todo carce de techumbres. Parece como si un incendio hubiese destruido la mitad superior de la ciudad y hubiese respetado la otra mitad para que las futuras generaciones pudiesen admirar la belleza de sus columnas estriadas, de sus estatuas, de sus incomparables frisos, de sus baños, de sus mosaicos. Mucho hay que admirar entre las frías ruinas que permanecen en el mismo sitio en que fueron edificadas, y mucho se conserva en las salas del Museo napolitano; pero muchos tesoros pasaron también a adornar los palacios de emperadores y opulentos.

—También a mí me gustaría tener un recuerdo, aunque fuese pequeño, de esta ciudad. Y eso que ahora que hago memoria creo recordar que en casa tengo un jarroncito, en forma de ánfora, que he oído decir que es pompeyano.

—De estilo pompeyano, querrás decir.

—Puede que tengas razón. Para salir de dudas lo mejor será que te lo traiga para que lo veas.

—No te molestes, porque ya sé cómo es. He visto muchos jarrones de ese estilo, Chononcito.

—¿Sabes que me gustaría que ahora me hablas de la Ve-subio?

—Otro día te hablaré de él. Hoy es tarde.

—Tienes razón. Se nos ha pasado el tiempo en un santiamén.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



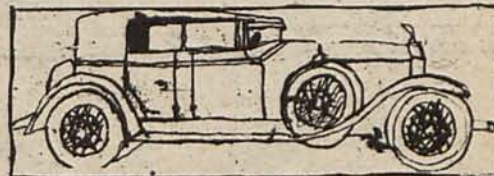
Mis mejores amigos.
MANOLITO DE ARMIJO.



Perfil.
LOLITA MEN-
DOZA.



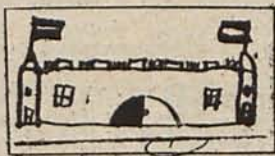
ESTE CUPÓN SIRVE PARA
ENVIAR UN SOLO TRABAJO.



El «auto» de mi papá.
VICTOR JOSÉ GR.



El gran Pinocho.
JOSÉ M.ª MOREJÓN.



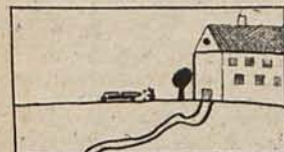
El fuerte Súnter.
FEDERICO VILALLONG.



La casa de Pinocho.
CARLOS Y M.ª PILAR CASTE-
LLANOS.



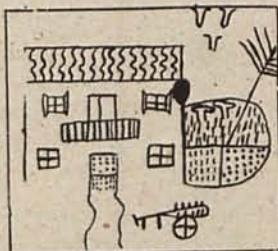
Toro de lidia.
RAMÓN BÁEZ.



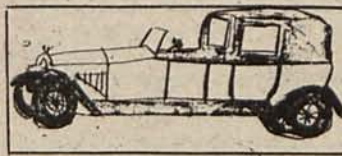
La casa y el «auto» de Pinocho.
JULIO ALONSO.



Un brabanson.
J. RUCOBA.



La casona de mi abuelo.
CARLOS GUTIÉRREZ.



Mi deseo.
RICARDO RODRÍGUEZ.



Un cerdito.
SANTOS URETA.



Pollito equilibrista.
V. J. G.



Chiquilin.
E. MATA.



Una artista.
CARMEN LÓPEZ.



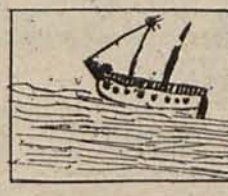
El escudo de Cuba.
CARLOS IRAZOQUI.



Hernán Cortés.
J. L. SÁENZ.



Mi muñeca.
ELVIRA CONDÉS.



La carabela Santa Elena.
RICARDO RODRÍGUEZ.



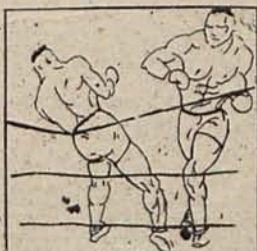
Atletie.
de Bilbao.
J. ANTONIO
URGOITIA.



Currinche va a la feria.
E. MATA.



Mi caballo.
JULIO CUENCA.



Combate de boxeo entre Uzcudun
y Ruiz.
LEANDRO SECHI.



Qué pesado es el
mundo.
JOAQUÍN REQUENA.



Perico,
por ENRIQUE LÓPEZ.



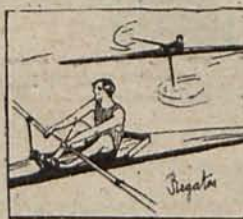
Tín.
ENRIQUETA EGÜEN.



Un chevrolet.
JAIME G.



Castillo feudal.
CARMEN GARCÍA ANTÓN.



Regatas.
ENRIQUE CASTRO.



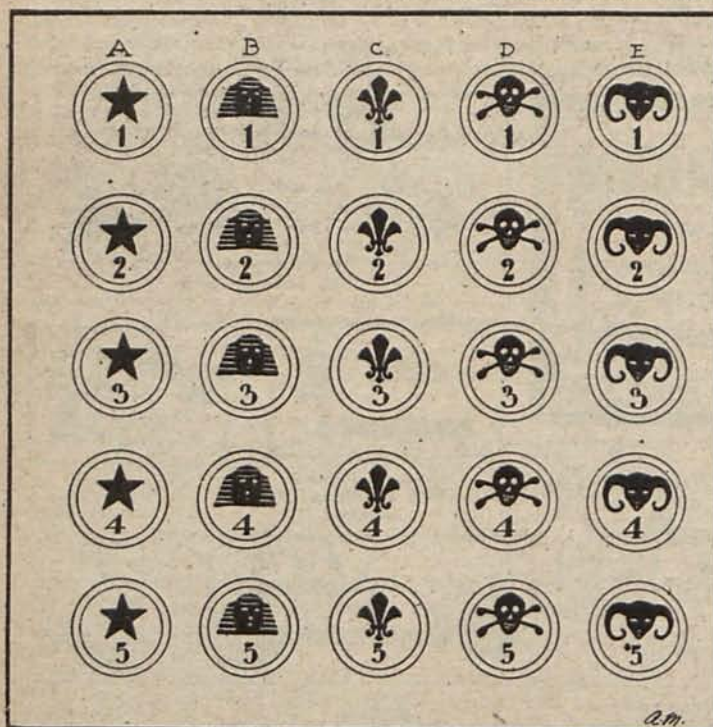
En carnaval.
INÉS JARAQUEMADA.



Un corsario.
ROMÁN JUGO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



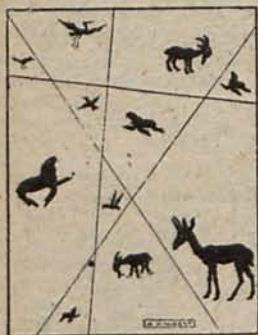
CUADRO MÁGICO

Consiste la solución de este cuadro mágico en que no puede haber en una misma fila, tanto en sentido horizontal como vertical u oblicuo, o sea en las dos diagonales del centro, una figura repetida. Para la solución os señalo las figuras con letras. Quiere decirse que las estrellas están representadas con la letra A. Las cabezas egipcias, con la B. La flor de lis, con la C. La calavera, con la D, y el bufón, con la E.



Continuación de las soluciones de los problemas y pasatiempos del mes de Febrero. Números 155, 156, 157, y 158

ROMPECABEZAS

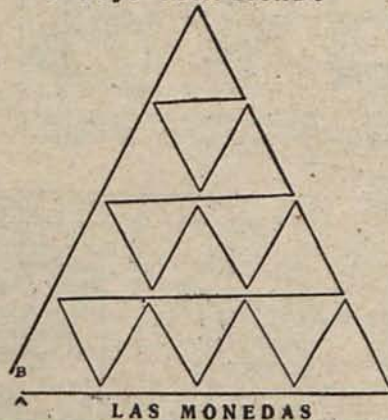


ERRORES

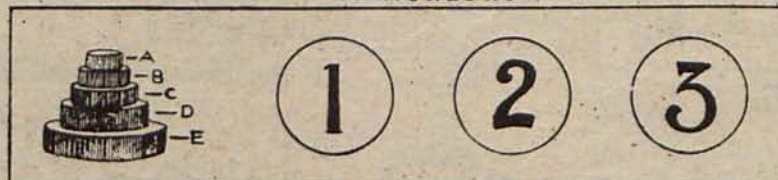


1. Al oso le falta un ojo. 2. La pata del sillón monta sobre el travesaño. 3 y 4. A las patas del lado izquierdo les faltan los adornos. 5. Al elefante le falta una rueda en el tablero. 6. Uno de los botones del abrigo es diferente.

DIBUJO COMPLICADO

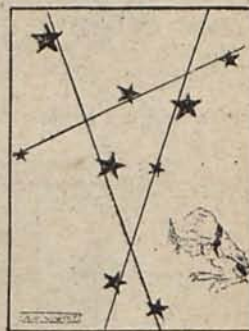


LAS MONEDAS

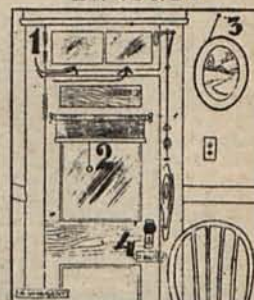


La moneda A al 3. — La B al 2. — La A encima de la B. — La C al 3. — La A sobre la D. — La B sobre la C. — La A sobre la B. — La D al 2. — La A sobre la D. — La B sobre la E. — La A sobre la B. — La C sobre la D. — La A al 3. — La B sobre la C. — La A sobre la B. — La E al 3. — La A al 1. — La B sobre la E. — La A sobre la B. — La G al 1. — La A sobre la D. — La B sobre la G. — La A sobre la B. — La D sobre E. — La A sobre la D. — La B al 1. — La A sobre la B. — La C sobre la D. — La A al 2. — La B sobre la C y la A sobre la B. — Total 31 movimientos.

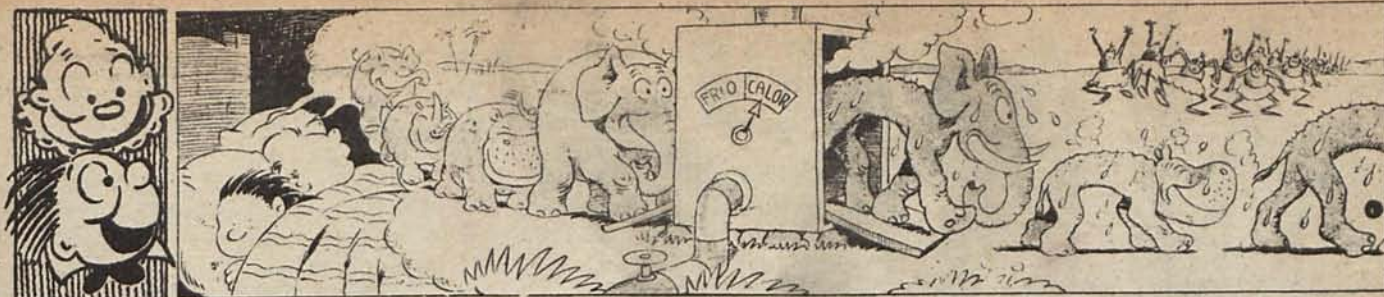
ROMPECABEZAS



ERRORES



1. Las bisagras, mal puestas. 2. El tirante de la cortinilla, des-centrado. 3. Falta un colgador al cuadro, y 4, la cerradura, al revés.



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASA- TIEMPOS DEL MES DE ENERO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Primer premio :** Andrés Huertas.
Segundo premio: Gloria Plaza.
Tercer premio : Rosalía Martín.
Cuarto premio : Jerónimo López.
Quinto premio : José M.^a Fernández.

ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Manuel Sancha, Arturo Cardenal, Luciano Sánchez, Dolores Ruiz, Josefina M., Antonio Morranco, José Delicado, Aurelio Martín, Mercedes Minué, Rosa Lambert, Angel Escofet, Ramón Rodríguez, Paquito Losada.

Los Pinochistas premiados podrán **recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Pa a entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que desean recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.**

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por **escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».**

PREMIOS A LA COLABORACION PI- NOCHISTA DEL MES DE ENERO.

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Cuentos...** } **Primer premio :** Antonio Mondéjar.
 } **Segundo premio:** José Ronchetti.
Dibujos... } **Primer premio :** M. Lechiguero.
 } **Segundo premio:** José Casals.

ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

F. Chavarri, Joaquín Mestre, Julia Luisa, Juanita Arranz, M.^a Luisa Abadal, José Oliván, Santiaguito Solano, Cecilio R., Francisco Martín, A. Sánchez Covisa, J. Requena, Faustino Fernández, José María Lorca, Román Jugo, Andrés Martínez, Víctor José Gil, Suca Gutiérrez, A. Moreta, Vicente Camino, Francisco P. Mirabete, Alberto Toribio, Jorge González, A. L. M., Juan A. Laiglesia.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta **CORRESPONDENCIA** tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la saga cincuenta céntimos en sellos.

Luis Gabriel.—Verdaderamente emocionado por la lectura de tus lindos versos, te escribo para enviarte mi felicitación más cordial y mi enhorabuena más cumplida por tus excelentes dotes de poeta. Pero de poeta excepcional y admirable. No te exagero nada, absolutamente nada, si te aseguro que tus versos me han gustado más, infinitamente más, que los de muchos poetas consagrados. Palabra de honor. Ahí va un abrazo muy fuerte, de cariño y admiración.

Elvira Condes.—Si tu primer dibujo es tan maravilloso, no quiero pensar qué va a ocurrir cuando te hayas soltado el pelo dibujando. ¡Es de verdad, de verdad, que ese soberbio buque es el primer dibujo que has hecho! Estoy asombrado, linda Elvirita. Excuso decirte que va a las columnas de mi periódico para que recibas los merecidos elogios de los pinochistas y especialmente de los que como tú viven en la pintoresca Lisboa. Abrazos.

Clemencia Damián Díaz.—Gracias, muchísimas gracias, por las preciosas cuartetas que me dedicas. Eres muy bondadosa, muy linda y muy inspirada poetisa. Se publicarán, ¡cómo no!, en mi revista en cuanto les llegue su turno. Abrazos de tu incondicional.

Juan Ligthart.—¡Muy bien, querido Juanito! Veo con disgusto que no hacéis caso de mis constantes advertencias, en las que no me canso de decir que los dibujos a lápiz no se pueden publicar por la imposibilidad de reproducirlos. Mira si es lástima que por tu culpa, por tu exclusiva culpa, no pueda salir en PINOCHO el magnífico ejemplar de perro de caza que me envías. Hay que hacer los dibujos con tinta, y tú, que tan divinamente bien dibujas, los puedes hacer preciosos. ¿No te parece? Tuyo siempre.

Francisco Guilvernau.—¿Ves lo que digo al pinochista Juanito Ligthart? Pues hazte cuenta que eres tú, y aplicate también la carta, porque has cometido el mismo olvido que él. Abrazos.

Víctor Navarro.—Los primeros que leyeron tus resaladísimos chistes fue Tin y Ton. Y les dió casi un ataque de risa. Luego los leyó Corretón, y por poco se queda sin barbas de tanto reír; luego, Morronguis, Colorín, su pandilla, etc., etc., etc.; y esto ha sido una juerga, querido Víctor. ¡Es que eso de la americana, el chaleco y el pantalón tiene pero que mucha gracia! Se publicarán; si, señor. Recuerdos de todos y abrazos.

Luis Calleja.—Han llegado tus tres dibujos, y los tres han triunfado en toda la línea. Muy bien, muy bien y muy requelebién. Supongo me enviarás más cosas para seguir publicando. Muy tuyo.

Ramón Francisco Sania.—Sí, señor; querido Ramón, tienen muchísima sal tus chistes; pero uno (el de la ballena) no me atrevo a publicártelo, porque el que lo leyera (y serían muchos miles de pinochistas) iba a creer que estabas dialogando con el y que le aplicabas el parecido que refieres en el chiste. ¿Comprendes? Aparte esto, conste que es graciosísimo, y que a mí me ha gustado; pero... Te envía muchos abrazos

Pinocho





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MODISTA Y PANTALLERA

Un vestido estampado y un farol... idem.—Me encanta que sea este año la moda de los vestidos estampados, que se hacen en toda clase de tejidos: crespón, vuela, tursor, fular, etc.

Y me encanta por muchas razones; la primera de todas es que estas telas son muy bonitas. (Claro que lo son... cuando lo son.)

La segunda es que se prestan a infinitas combinaciones, y con ellas es fácil realizar trajes deliciosos y originalísimos sin hacer para ello grandes esfuerzos de imaginación.

La tercera es que se prestan a ser adornados con tela lisa, con lo cual pueden aprovecharse recortes de otros vestidos o retalitos de dimensiones inservibles para trajes o blusones completos, y que se encuentran en los saldos a precios ínfimos.

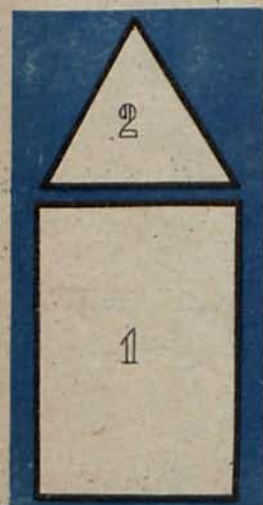
La cuarta es que esto me da un pretexto para ofreceros en esta página tres de estas combinaciones; uno de mis modelos es de fular rosa salmón con estampaciones en color azul marino; la tela lisa que lo adorna es azul marino, formando un canesú y una franja en el borde inferior. El segundo modelo es de tursor natural con estampaciones en coral y verde, y la tela lisa, que es de color coral, forma un plisado a un lado. En el tercer modelo, que es de vuela blanca con estampaciones de varios colores, la vuela lisa es rosa y forma unos vivos que ribetean unas ondas anchas.

La quinta razón por la cual me encanta la moda actual (no enumero más razones; pero aún deben de quedarme media docena en el tintero) es que con los recortes que sobren del vestido de dibujos, cualquier Pirulinda puede fabricar pura su cuarto objetos monísimos; por ejemplo, el farol que os presento hoy.

Para este farol, y ya que estamos en posesión del elemento principal, que es la tela estampada, sólo nos falta por reunir estos otros elementos tan baratos como fáciles de encontrar: una pequeña cantidad de seda lavable, blanca; unos metros de alambre; unos metros de «extrafor»; unos metros de cinta estrecha, de seda, de un color que haga juego con el color domiante en los dibujos de la tela estampada, y unos alicates.

Se corta el alambre en ocho trozos de treinta y dos centímetros, y ocho de veinte centímetros, que servirán para la armadura del cuerpo del farol; y nueve trozos de veinte centímetros, que servirán para hacer los tres triángulos que constituyen el «techo».

En los extremos de los ocho alambres pequeños se hacen con los alicates unos ganchitos, y



en los cuales se pasan los extremos de los alambres grandes, con lo cual se obtienen cuatro rectángulos iguales al de la fig. 1.

Estos cuatro bastidores rectangulares se unen unos a otros, enrollando alrededor de los alambres

grandes, unidos, la cinta «extrafor», que se sigue enrollando también alrededor de los alambres pequeños; conviene hacer esta operación con una sola tira de «extrafor»; del esmero con que se lleve a cabo depende la perfección de esta labor.

El «techo» se hace aparte, siguiendo el mismo procedimiento; se compone de tres triángulos de alambre, iguales al de la figura 2; se unen a los alambres cortos con otra tira de «extrafor», uniéndolos asimismo entre sí. Y ya está hecha la armadura, que es la parte más difícil; lo demás es coser y cantar. (Es coser porque es de costura; y es cantar porque, como sois todas de un natural animado y risueño, supongo que tenéis la costumbre de cantar al coser.)

Se cortan cuatro trozos iguales de seda estampada y otros cuatro de igual tamaño de seda lavable, blanca. Cada trozo debe tener la misma altura que los alambres grandes, mas cuatro centímetros para que sobren dos en su parte superior y dos en su parte inferior; y el mismo ancho y medio que uno de los alambres pequeños, o sea 34 centímetros de largo por 30 de ancho. Los cuatro trozos blancos, fruncidos y unidos entre sí, se colocan en la parte interior de la armadura y se pegan, con puntadas invisibles, a los ángulos de alambre que van cubiertos de «extrafor». Los cuatro trozos estampados, igualmente fruncidos y unidos entre sí, se colocan en la parte exterior y se pegan igualmente a los ángulos. En la parte superior y en la parte inferior los bordes de la tela (lo mismo de la blanca que de la estampada) se enrollan alrededor de los alambres; no debe hacerse un dobladillo, que, una vez encendida la luz dentro del farol, resultaría visible.

Siguiendo el mismo procedimiento se hace el «techo». Terminado ya el farol conviene, para que su remate sea perfecto, cubrir todas las costuras y los bordes con la cinta estrecha de seda.